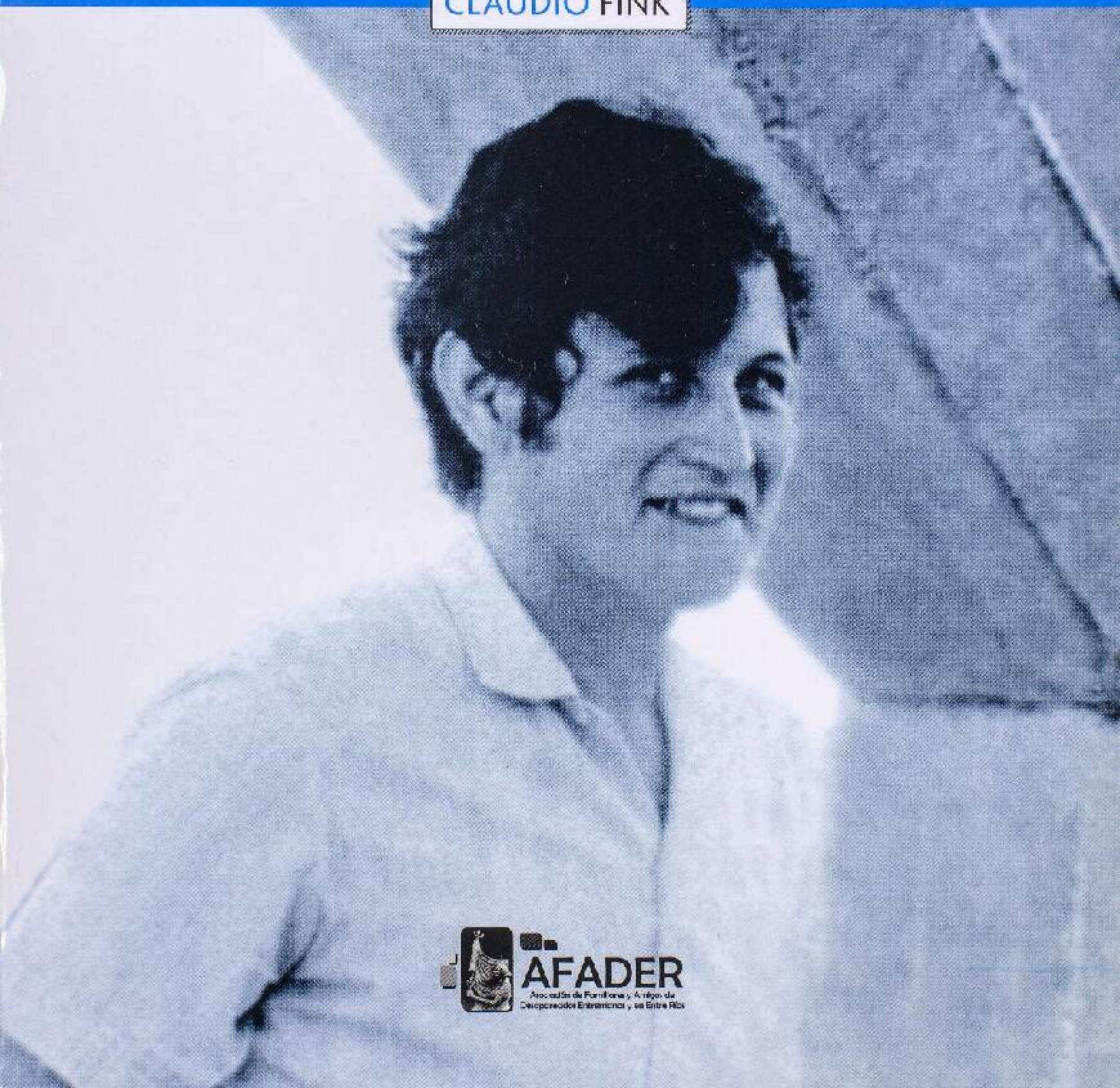

HISTORIAS DE VIDA Y MILITANCIA

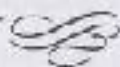
CLAUDIO FINK



Donación de Marisa Magni (junio, 2013)

MADRES DE LA VIOLENCIA DE MAYO LINEA FUNDADORA
BIBLIOTECA Y ARCHIVO

HISTORIAS DE VIDA Y MILITANCIA



Agradecimientos:

Desde AFADER queremos reconocer y agradecer la valiosa colaboración de Juan Cruz Varela y Emilliano Tomé por las entrevistas que le realizaron a Clarita y sirvieron de base de este trabajo.

Al querido Cristian /ano Mendrano, gestor de esta idea de valorizar y levantar las banderas de nuestros compañeros muertos y desaparecidos a través de estas historias de vida y militancia.

A Daniel Enz, por permitirnos extraer información de su libro *Rebeldes y ejecutores*.

A nuestra Madre Clarita, ejemplo de lucha y contagio de amor y alegría.

Y muy especialmente al protagonista de esta primera historia, Claudio Marcelo Fink, y a los treinta mil compañeros muertos y desaparecidos, ejemplos presentes que siguen iluminando el camino de la definitiva independencia argentina y latinoamericana.



HISTORIAS DE VIDA Y MILITANCIA. CLAUDIO FINK

Paraná, Entre Ríos.

Asociación de Familiares y Amigos de Detenidos-Desaparecidos Entrerrianos
y en Entre Ríos

afader1995@gmail.com

1ª edición: julio de 2012

DISEÑO: Manuel Siri

manuelsiri@yahoo.com.ar

ASISTENCIA EDITORIAL: Pao Calabretta

paocalabretta@hotmail.com

Usted es libre de copiar, distribuir, exhibir la obra y hacer obras derivadas bajo las siguientes condiciones:

- Usted debe atribuir la obra en la forma especificada por los autores.
- Si usted altera, transforma o crea sobre esta obra, sólo podrá distribuir la obra derivada resultante bajo una licencia idéntica a esta.
- Ante cualquier reutilización, copia o distribución, usted debe notificar a los autores de la obra a afader1995@gmail.com.

Impreso en el mes de julio de 2012 en IMPRENTA LUX, Hipólito Yrigoyen 2463,
Santa Fe, Argentina.

CLAUDIO FINK

El sol de la mañana hacía más acogedor el inicio del día en aquel lejano puerto europeo. El frío seco del prolongado invierno se sentía aún más cuando las ráfagas de viento golpeaban la gente que formaba la fila frente a la rampa de acceso al barco, el vapor «S.S. Wesser», de bandera alemana.

Familias de judíos rusos llegaban como podían desde diferentes ciudades del oriente europeo; emigraron escapando de la miseria, las persecuciones políticas, religiosas, los pogromos, las vejaciones, buscando en el duro destierro en masa una vida nueva.

Un grupo de niños, parte de una de esas familias, jugaba ante la mirada preocupada de sus padres. Una de esas ráfagas arrebató de la mano de Sara, la más pequeña de los hermanos, un pañuelo que le había regalado una tía para su reciente tercer cumpleaños. La madre, doña Ester Engelberg, la reprendió con cariño, juntó el pañuelo y le pidió a ella y a sus hermanos que se mantengan quietos en la fila. Mientras tanto, su padre, don Marcos Ostrosky, le daba los datos de toda la familia, provenientes de Odesa (el matrimonio y los ocho hijos) a un funcionario de aduana que llenaba las planillas de quienes emigraban.

El nerviosismo de Sara y sus hermanos, mayores que ella, se hacía evidente, y sus ojos no dejaban de brillar ante la imagen magnífica de aquel barco que los llevaría a un paseo para siempre, lejos de sus amigos, sus primos y abuelos. El destino: Argentina, un país nuevo en una América nueva para ellos, que le daba esperanzas a esta familia de campesinos acostumbrados ya al difícil trabajo de la tierra.

Algunas gaviotas que picoteaban restos de pescado en el muelle desviaban la atención de los niños y los alejaban, al menos por un instante, de la cruel realidad que estaban viviendo.

Una vez embarcados, ya en la baranda del segundo piso del barco, se podía observar a los hermanos, muy juntos, con la vista pendiente sobre el muelle. Sara le pidió a su padre que la levante para ver y saludar a familiares y amigos que, desde el empedrado del puerto, los despedían agitando algún que otro pañuelo. Pudo notar algunas lágrimas en su madre, no así en el rostro curtido y tenso de su padre.

И Доброго пути написать, судьба (*buen viaje, escriban, suerte*), palabras entrecortadas, dichas entre sollozos de despedida, que se escuchaban desde las familias y grupos de personas que quedaban.

Transcurría 1907. En Rusia, el Zar Nicolás II repelía el primer intento de Revolución Bolchevique e imponía mayor dureza a la represión contra el pueblo trabajador, lo que incluía las persecuciones ya mencionadas a los pueblos judíos.

Ese mismo año, en Argentina gobernaba José Figueroa Alcorta, quien llevaba adelante los programas de inmigración que ya venían desde la presidencia de Nicolás Avellaneda en 1870. Agentes de gobierno llevaban la propuesta a toda Europa con la oferta de tierras a las familias de inmigrantes que quisieran trabajarlas y que desearan sumarse a estos programas de expansión agrícola y ganadera.

Un alemán, el Barón Maurice de Hirsch, siguiendo las ideas de Theodor Herzl de crear un estado judío en algún lugar del mundo, funda la Jewish Colonization Association y desde su país se dedica a ayudar a las diferentes comunidades judías a ubicarse en destinos ya seleccionados; Argentina era uno de ellos, previo acuerdo con el anterior presidente, Julio A. Roca.

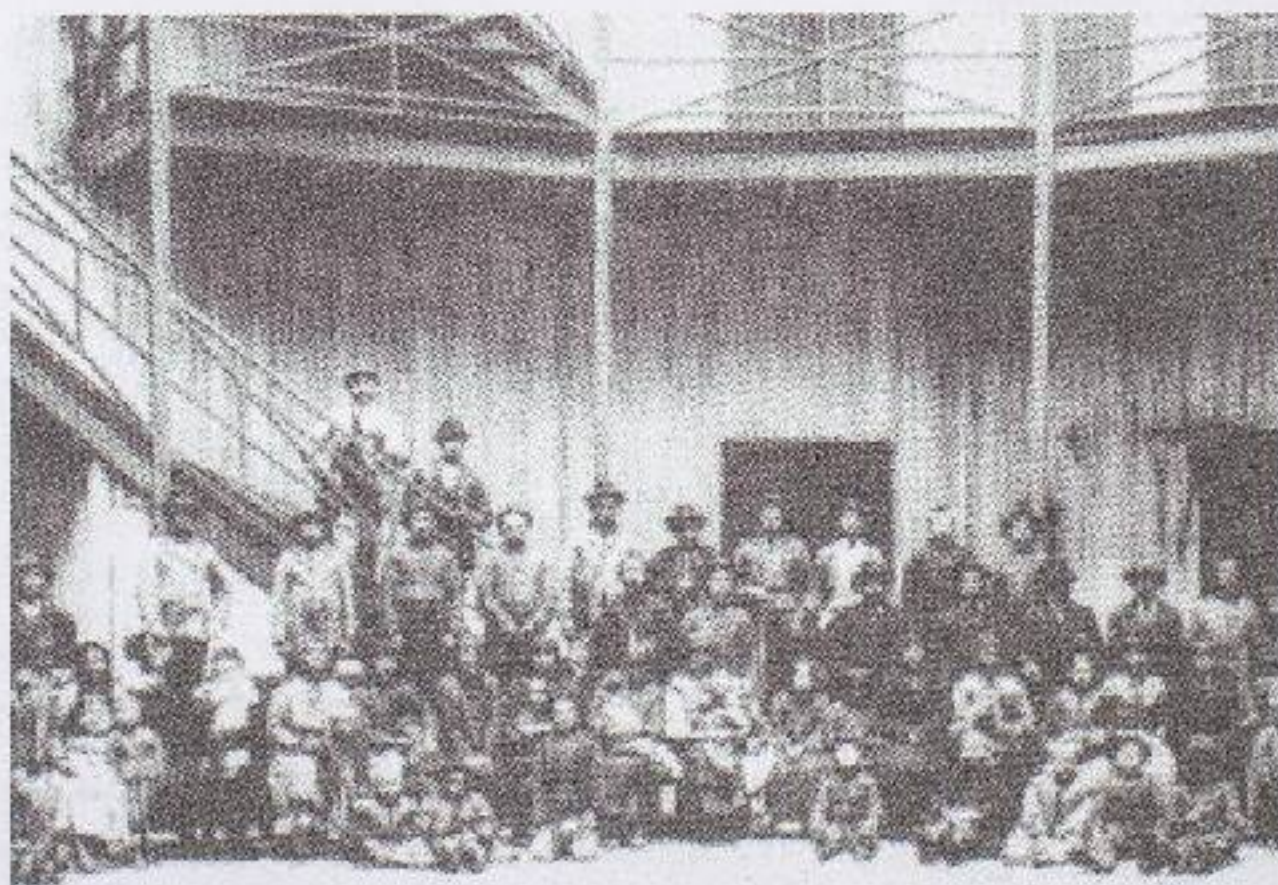
Luego de casi un mes, nuevamente don Marcos levantaba en sus brazos a Sara, esta vez para bajar la misma rampa que les permitió dejar el continente europeo.

El puerto era otro, Buenos Aires; la fila era más extensa, otras familias se habían embarcado con los mismos sueños en otros puertos. El funcionario aduanero que los recibía hablaba un idioma extraño para ellos y trataba de comunicarse como podía. Algún que otro inmigrante con más tiempo en el

país ayudaba en la conversación, indicando también a los recién llegados cómo ubicar el Hotel de los Inmigrantes, donde tendrían comida y alojamiento, ya que debían permanecer un tiempo en Buenos Aires hasta que el gobierno los envíe a los diferentes puntos del país ya acordados.

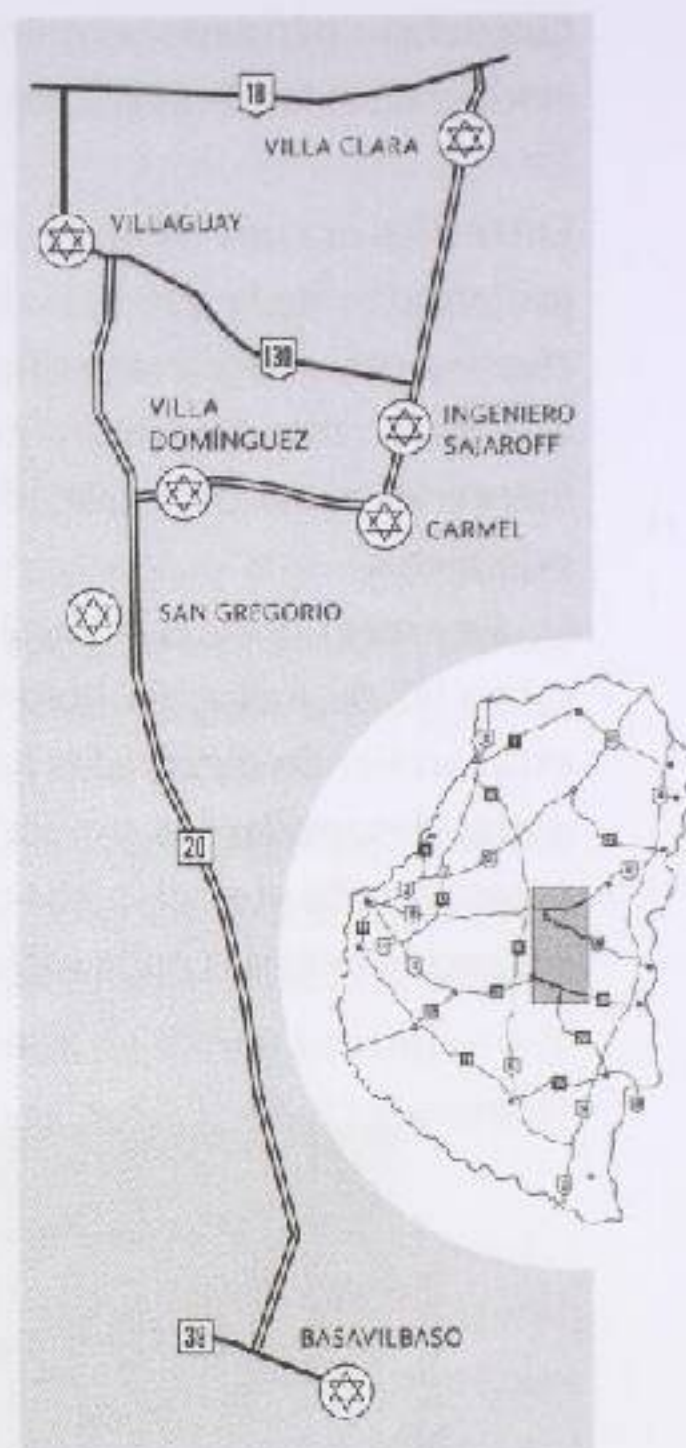
Entre Ríos era una de las provincias considerada por los judíos como «la tierra prometida» de la que hablaban y soñaban Theodor Herzl y el Barón Hirsch, con una rica geografía y suficientes tierras fiscales que permitían la ubicación de esas familias de inmigrantes deseosas de trabajar, producir y fundamentalmente vivir una tranquilidad y una felicidad que hasta el momento les había sido ajena.

En estas tierras también había persecuciones y exterminios, pero no eran como las de Rusia, de Polonia, de Odesa: eran las naciones nativas las que estaban siendo diezmadas para que las tierras quedaran libres, y así entonces poder desarrollar los programas ya mencionados. En Entre Ríos fue fundamentalmente el pueblo charrúa el que sufrió este pogromo criollo. Las familias recién llegadas nada sabían de esta historia.



Vinieron del mundo entero
 Samarkanda, Odesa, Esmirna,
 Alepo, Varsovia, Marrakesh.
 Trajeron su identidad,
 los regalos de la sabiduría
 y, entre las manos curtidas
 de tanto desesperar,
 unas semillas
 los pasos de danza
 para alegrar las futuras cosechas.
 Llegaron al mar dulce
 como a un nuevo Ararat
 donde inventar la patria prometida
 en un camino de hombres.
 Sembraron la tierra y la ciudad
 con salmos y con buena letra
 y fueron obreros, campesinos,
 visionarios de toda empresa,
 músicos, poetas:
 Pioneros de nuestro tiempo.
 ¡Y los pioneros no se apagan en un parpadeo de sol!
 Siguen viviendo en el humor,
 la fe,
 el gesto solidario,
 y en la esperanza de cada día.

MANRIQUE ZAGO



Luego de unos días de un duro y cansador viaje por su nuevo país, la familia Ostrosky llega a su destino: el tren los dejó en la Estación Clara, departamento Villaguay, en el centro de la provincia, fundada hacía apenas cinco años por colonos que se habían radicado previamente y nombrado la nueva colonia en homenaje a la mujer del Barón Hirsch, Clara Bischofsheim. Posteriormente, la colonia se llamaría «Villa Clara», y otras familias fundarían colonias vecinas a Villa Clara: Ingeniero Sajaroff, Carmel, San Gregorio, Villa Domínguez, Villaguay, Basavilbaso y otras.

Casi dos décadas después, Sara camina junto a unas amigas por una de las calles recién empedradas de una Villa Clara más crecida. Llegando a la pequeña plaza central, se encuentran con un grupo de jóvenes que charlaban sentados en los canteros en una cálida siesta de otoño. Dos de ellos no dejaban de mirarse, y amigos y amigas se divierten haciéndoles bromas, pero ninguno los escucha. Al rato, se van muy enamorados, caminando solos por la calle principal:

Su nombre, Jacobo Atelman, también descendiente de inmigrantes rusos. Su padre, Simón, había llegado en el mismo barco que Sara y su familia pero algunos años antes. Al tiempo, Simón enviudó y se casó nuevamente, naciendo Jacobo y otros seis hermanos, ya todos oriundos de Villa Clara.

Sara Ostrosky y Jacobo Atelman se casaron y al poco tiempo, un 24 de septiembre de 1928, nació Clara Paulina (*Clarita*) y, seis años después, Simón, ambos en Villa Clara, «la tierra prometida».

Para Clara, el campo fue su hogar hasta los diez años. Su padre era un campesino que se había asentado allí para trabajar el suelo arcilloso de la zona y esto lo enorgullecía. Su madre lo ayudaba en las cosechas aunque lo suyo eran los quehaceres de la casa.

Desde muy chica hacía dedo para ir a la escuela del pueblo. «Mamá me acompañaba y cuando veía que venía un auto, un sulky o algún conocido, lo hacía frenar para que me llevara al pueblo. A veces volvía durante la semana, pero si no podía me tenía que quedar hasta el sábado en casa de una tía, porque en esa época había clases hasta los sábados. Extrañaba horrores y me la pasaba llorando, a pesar de que mis primas me mimaban», recuerda siempre.



Jacobo, Sara, Clara y Simón Atelman.



Rosa Schulman y Samuel Fink.

Fue una adolescente inquieta. No hizo el secundario porque en ese tiempo había que ir a cursar a Concordia. En lugar de eso ayudaba a su madre en los quehaceres y, como casi todas las chicas del pueblo, participaba de largas jornadas de tejido y realizaba cursos de costura y confección.

Samuel Fink y Rosa Schulman también eran descendientes de judíos inmigrantes que se instalaron en Entre Ríos en la denominada «primer oleada», a fines del 1800, y tuvieron mucho que ver en la fundación de Estación Clara. Don Samuel era empleado de una firma que comercializaba la mayoría de los cereales producidos en la zona, y por razones de trabajo se radicó en La Capilla, una colonia de inmigrantes entre Domínguez y Villa Clara. Allí nació el primer hijo, Efraín Fink, el 10 de marzo de 1925.

Clara y Efraín se conocieron ya adolescentes. Él era tres años mayor. «En el pueblo todos nos conocíamos. Al principio él tenía su grupito de amigos, pero a los 15 ó 16 años empezamos a ir a los bailecitos y a salir», cuenta Clarita, y larga una carcajada vergonzosa.

Acostumbraban también juntarse con un grupo grande de amigos en la casa de unos u otros. Comer asados y pescados, escuchar música y bailar eran parte de los pequeños encuentros. Los tangos y los boleros eran la preferencia. Estos jóvenes, descendientes de aquellos inmigrantes que llegaron en el Wesser, habían incorporado la cultura de un país en continuo cambio. Así mismo, las tradiciones ruso judías perduraban y muchos eventos en el pueblo mantenían las costumbres originales.

Casi repitiendo la historia de Sara y Jacobo, Efraín tomó la mano de Clara y luego de darle el sí a la propuesta de noviazgo, caminaron por las mismas y soleadas calles de Villa Clara. Cuando llegó la unión que sería para siempre, ella tenía 18 años y él, 21.

Cuenta Clarita:

Nuestro noviazgo fue por correspondencia, ya que él trabajaba en Buenos Aires; así fuimos conociéndonos y proyectando nuestro futuro. Él no quería que yo trabajase, pues desde los diez años sus padres lo mandaron a Concordia a una pensión de estudiantes, donde hizo quinto y sexto grado, y luego la secundaria Nacional. Entonces quería regresar del trabajo y encontrarme en casa esperán-

dolo, con la mesa servida. Así que nos casamos el 6 de enero de 1951 y nos fuimos a vivir a Buenos Aires a un departamento muy chico, pero lleno de amor, donde nuestras sobremesas eran largas y lindas.

Fue una gran celebración en el Salón Comunitario, a la que no faltaron familiares y amigos. Terminada la fiesta, que fue hermosísima, nos fuimos caminando por la avenida del pueblo, yo con mi vestido largo, con un grupo de amigos y familiares. Nuestros padres eran vecinos, así que cada uno se fue a su casa, y al otro día tomarnos el tren que nos llevó a nuestro hogar. En la estación nos despidieron familiares, amigos y curiosos.

Llegaron a Paraná casi por casualidad, a poco de casarse. Estando en Buenos Aires, en una de las primeras licencias que él tuvo, en lugar de ir en tren por la costa del Uruguay hasta Villa Clara, decidieron hacer una vuelta por nuestra ciudad, pasando por Santa Fe porque ninguno conocía la zona. Cruzaron el Colastiné por la Maroma y luego tomaron la balsa que los llevó a Entre Ríos.

Estaban en la baranda de la balsa cruzando el río. No dejaban de admirar las barrancas y especialmente la belleza del Parque Urquiza, el colorido de los lapachos, jacarandaes, tipas, pinos, cedros, encinas, ceibos, etc. La obra de Francisco Bertozzi le daba a Paraná una característica muy especial, de la cual Efraín y Clara se enamoraron al instante. Desde la cima de la barranca, el Cóndor del Libertador les abría los brazos. La pasión por ese paisaje los hizo decidirse: al año siguiente, Efraín pidió el traslado a Paraná, y alquilaron una casa en la esquina de Gualeguaychú y 9 de Julio. Eran muy unidos y era común verlos en los bailes en La Rambla en el Parque Urquiza.

El 6 de enero de 1953, a las siete de la mañana y exactamente dos años después de su casamiento, nació Claudio Marcelo Fink en el Sanatorio La Entrerriana.

Al tiempo alquilaron una casa en calle La Rioja. Posteriormente, en 1955, compraron un terreno en calle Jujuy, en el barrio San Martín, a pocas cuadras del Club Atlético Paraná, a través de un crédito del Banco Hipotecario y un aporte del padre de ella, y comenzaron a construir. Don Fink era quien compraba los materiales y todos los días iba hasta el lugar a ver los avances que iba teniendo la obra. Claudio tenía tres años cuando la casa estuvo finalizada.



Al terminar de pagar el crédito, él ya no estaba. «Mirá la fiesta que haríamos si estuviese Claudio, la fiesta que haríamos», era siempre el comentario de Clarita y Efraín. Los ojos se le iluminan a Clarita cuando habla de Claudio. «Su nacimiento fue una alegría para todos», lanza con una sonrisa.

En esa época no había jardines de infantes, pero Claudio fue inscripto en la Universidad Popular, por lo que mereció mil y una cargadas de parte de los abuelos. Cursó la primaria en las escuelas Terán y Belgrano y la secundaria en la Escuela de Comercio, cuando todavía funcionaba como anexo del Colegio Nacional.

En su primer año de escuela, a los seis años, su madre lo acompañaba cuando rendía exámenes. En una ocasión estaba ella sentada en la parte de atrás del aula mientras le tomaban el examen, cuando la maestra dijo: «Muy bien, muy bien, todo bien, ¿qué le ponemos?». Y él respondió: «Y... si está tan bien, un diez...». Su madre recuerda que «no fue abanderado pero era buen alumno. La primera vez que rindió una materia fue en tercer año y lloraba como loco, porque necesitaba un 6 para eximirse y le pusieron un 5,75, por alguna picardía que habrá hecho con los amigos que le cayó mal a la profesora».

Desde muy pequeño demostró su afinidad por el estudio y la lectura, contagiado por los hábitos de un hogar donde se leía mucho. En una época



En su primer año de escuela.



Con primos en la puerta de su casa.



Con su amigo Eduardo Felici.

donde la tecnología no pasaba de la radio y los primeros televisores, Claudio hizo muchos amigos en el barrio, encontrándose a diario en lo que eran los juegos habituales de los niños, las figuritas, las escondidas, el hoyo pelota y, por supuesto, jugar a la pelota en la calle, cuando en Paraná la densidad de tránsito aún lo permitía. Dentro de la casa, fundamentalmente los días de lluvia, Clarita y Efraín le permitían que ingresase con sus amigos a jugar a la pelota. Colocaban una alfombra que hacía las veces de cancha y así peloteaban hasta el cansancio.

En lo que al fútbol se refiere, Claudio defendía apasionadamente los colores azul y rojo de San Lorenzo, pasión que contagió a su madre. En 1968 se lo veía orgulloso mostrando con mucha picardía la foto de su equipo preferido, que ganó invicto el campeonato nacional. Claudio nunca dejaba de escuchar los partidos de fútbol en los que se presentaba su equipo. Clarita guarda los banderines y las fotos de sus planteles preferidos.

A pesar de la pasión de Claudio por el fútbol, nunca lo practicó orgánicamente, aunque sí frecuentaba el club de su barrio, el Atlético Paraná, con uno de sus mejores amigos, Eduardo Felici.

Otro deporte que lo entusiasmaba era el automovilismo, pasión que heredó de su padre. Era fanático del equipo de Oreste Berta, más aún después de que este gran preparador de motores participara como jefe del equipo Torino, junto a Juan Manuel Fangio como director deportivo, en las 84 Horas de Nürburgring, Alemania.

En Paraná no faltaban a las competencias automovilísticas que se realizaban en el Parque Urquiza. En una oportunidad estaban los tres, Clarita, Efraín y Claudio con seis años, en la «bajada del Rowing» junto al monumento a Francisco Bertozzi, cuando muy cerca de ellos se incendió un auto. Clarita, muy asustada, tomó a Claudio del brazo y lo alejó del peligro. «Vayan ustedes que lo disfrutan, yo sufro», fueron las palabras de despedida de Clarita del automovilismo. A partir de entonces continuaron yendo solos, padre e hijo.

Claudio era una persona buena, muy buen hijo y, fundamentalmente, excelente compañero. Las personas que lo conocieron señalan esa característica, cualidad que reconforta gratamente a Clarita cuando así lo expresan. A ella la

llamaba «gorda». Era divertido, casero, no le gustaba mucho salir y amaba la música, especialmente el folclore. Poseedor de un muy buen humor, era extremadamente solidario y muy apegado a sus amigos. Tenía unos ojos azules muy claros, imposibles de olvidar para los que tuvieron la suerte de conocerlo.

No le gustaba la vida nocturna. «Prefiero quedarme a escuchar música, si quieren vengan a casa y charlamos», respondía cuando algún amigo lo invitaba a salir.

Su novia era María Lina Muñoz, oriunda de Paraná, empleada del Consejo General de Educación y militante del Movimiento Sindical Peronista; se quedaba siempre con él en su casa a escuchar música, preferiblemente folclore, y especialmente a Mercedes Sosa y César Isella.

Su amigo inseparable en su casa era su perra Batuca, que murió unos días antes de su desaparición.

Las discusiones familiares se daban cuando Efraín le prestaba el auto a Claudio, un Unión. Siempre volvía sin él porque se quedaba sin nafta: regresaba caminando y su padre tenía que ir a buscar el auto. Si demoraba mucho, el padre se ponía nervioso y la madre tenía que tranquilizarlo, diciéndole que no se lo preste más, a lo que él respondía que si no lo usaba, por qué no se lo iba a dar.

Con el tiempo se enteraron que lo usaba para llevar a sus compañeros en las tareas diarias de la militancia política.

Efraín Fink estaba enrolado política e ideológicamente en las filas de la Democracia Progresista (PDP) de Lisandro de La Torre y Luciano Molinas. Era frecuente escucharlo contarle a Claudio todo lo que el PDP había logrado en la provincia de Santa Fe. Era sindicalista del gremio de Luz y Fuerza, actividad que le llevó gran parte de su vida. «Cuando otros hombres iban a tomar café con los amigos o a jugar a las cartas, él hacía lo que realmente quería, estar y pelear por los derechos de sus compañeros del gremio, ayudando a su crecimiento y a sus logros», cuenta siempre Clarita con orgullo.

Claudio comenzó desde muy joven a interesarse y a formarse políticamente en su propia casa, fundamentalmente en las conversaciones con su padre. «La mamá en casa, las conversaciones, las charlas y todo... él fue cre-

ciendo en ese ambiente», eran las palabras de Efraín. En las mesas familiares era común entablar largas charlas políticas con sus padres y con amigos, ya desde el inicio de su militancia como estudiante.

Claudio trabajó un tiempo en la Municipalidad de Paraná durante la intendencia de Juan Carlos Esparza. Luego pasó a trabajar en Agua y Energía Eléctrica, mientras estudiaba Ingeniería en la Universidad Tecnológica Nacional (UTN), en la época en que funcionaba en la Escuela Centenario.

Argentina venía de varios golpes de Estado, en los cuales la burguesía y la oligarquía pretendieron frenar los avances populares. Desde mediados de siglo, la clase trabajadora había logrado ciertos triunfos a través de la figura del general Perón y su compañera, Eva Duarte, *Evita*. Nuevamente los dueños del poder y las riquezas cortaron esa etapa con un golpe en 1955, enviando a Juan Domingo Perón al exilio. Tres años antes había muerto su compañera, la «abanderada de los humildes», como la llamaba el pueblo trabajador.

A partir de ahí se fue gestando la denominada «Resistencia Peronista», que luchó por el regreso de su líder. Independientemente, otras corrientes ideológicas fueron creciendo en la lucha popular, y nuevos golpes de Estado fueron surgiendo para frenar esas luchas. El Cordobazo y el Rosariazo fueron explosiones populares que enfrentaron la embestida de la burguesía, de la oligarquía nacional y del imperialismo. Era una época en la cual las generaciones de jóvenes se involucraban profundamente en la política a través de diferentes expresiones revolucionarias.

En la universidad, Claudio se acercó ideológicamente al peronismo, siguiendo las ideas de un socialismo nacional. La experiencia de Vietnam, de Cuba y, especialmente, la lucha del Che Guevara, también habían marcado un camino hacia el socialismo en América Latina.

En esta realidad se fue gestando el compromiso y la militancia de Claudio. Como estudiante estuvo presente en el centro de estudiantes; en la universidad fue uno de los principales protagonistas de la Juventud Universitaria Peronista (JUP).

La casa de la familia Fink siempre fue un lugar abierto a los compañeros y amigos de Claudio.



Con ellos convivía la abuela materna, doña Sara, protagonista originaria de esta historia, quien también compartía las charlas, a tal punto que le decía «compañero». Él siempre se lo agradecía con una sonrisa, como resaltando el inmenso significado de esa palabra.

En las largas charlas políticas que se establecían en la casa de calle Jujuy también participaban, cuando podían y con mucho entusiasmo, Efraín y Clarita. Ella los llamaba «Los salvadores de la patria». Estaba convencida que se podían cambiar las cosas. En esos años, le decía a su marido: «si cada partido político tiene gente inteligente, capaz, sana, ¿por qué no se juntan los mejores y tratan de salvar realmente la nación?».

La responsabilidad política e ideológica de Claudio lo llevó a militar en la Organización Montoneros. En los inicios de 1976 estaba muy cerca de la conducción de la Organización en Paraná, y también ya era uno de los dirigentes de la Juventud Peronista (JP) Regional Paraná. El compromiso militante de Claudio era cada vez mayor, no sólo en la universidad sino también a nivel barrial, junto a sus compañeros Aníbal Vergara y Mónica López Alfaro.

Compartió estrechamente su militancia, participando en aquellas charlas políticas, con el matrimonio de Blanca Osuna y Carlos Molina; además de compañeros, eran grandes amigos. Carlos era empleado de correos, y Blanca, docente. Cuando estaba embarazada de su primera hija, María Victoria (que

nació del 12 de marzo de 1976), Claudio la llevaba todos los días al hospital en el Unión de sus padres, ya que Blanca debía realizar un tratamiento a diario por un virus que la estaba afectando. El Unión no sólo hacía de «ambulancia»: era frecuente también su función de transporte militante. «Claudio siempre me llevaba a la terminal cuando tenía que viajar a Diamante», recuerda otra compañera de militancia, Alicia Perica Dasso.

Con Claudio, también militaban Ricardo Galarza, Elsa Díaz, Arturo Piccoli, Marta Terradas, Silvia Arancibia y Beatriz Pfeiffer. Juntos habían formado el Sindicato Único de Empleados Públicos.

A nivel barrial, Claudio militó con Elsa Díaz en el barrio Maccarone; en Villa Yatay, junto al padre Pérez, habían conseguido muchas cosas, como el agua para el barrio.

Sobre Claudio y su militancia, nos recuerda Mónica López Alfaro:

Lo conocí en 1970 al entrar a la Facultad Tecnológica. En esa época, los primeros años eran comunes para todas las especialidades, así que éramos un montón de «gurises» que no nos conocíamos con anterioridad, veníamos de distintas escuelas y seguramente nos empezamos a juntar por afinidad. Además, como Claudio y yo vivíamos cerca, tomábamos el mismo colectivo para volver y ahí nos hicimos amigos. Charlas interminables, siempre mechadas con algún chiste o frase ingeniosa, porque eso lo destacaba, tardes de mate en mi casa o en la suya, con unos bay biscuit caseros ¡espectaculares! que hacía Clarita, escuchando música folclórica, que estábamos descubriendo, o algunas canciones de ese momento (me acuerdo de «Muchacha, ojos de papel»), noches en el «Cine Club» que existía en aquella época en Paraná... Todo eso fue forjando una relación muy estrecha. Era como que nos conocíamos de toda la vida. Así fue como también empezamos a participar en la vida política de la facultad, en las asambleas, en el Centro de Estudiantes, en las charlas con otros compañeros, algunos peronistas y otros de la Juventud Comunista, que buscaban a los «nuevos con ganas de hacer algo». Y juntos, por formación y por convicción, nos fuimos acercando a los peronistas para formar la agrupación que después se incorporaría a la Juventud Universitaria Peronista. Ahí empezó mi militancia junto a él. Leíamos todo lo que caía en nuestras manos, nos juntábamos a charlar sobre eso y

a veces participaba de esas charlas su papá, que era un militante gremial muy formado pero a la vez bonachón como Claudio, siempre atento a lo que preguntábamos o queríamos saber. En las discusiones, nos demostraba que siempre se deben mantener las convicciones, y eso también distinguía a Claudio, un tipo comprometido y preocupado por lo que pasaba a su alrededor.

Las elecciones del setenta y tres nos dieron la posibilidad de votar por primera vez y era un júbilo. Participamos activamente y con alegría. No me olvido del Fiat 1100 de su papá, que le prestaba, y ahí salíamos todos, siempre muchos, en el «mile cento» como él lo llamaba. A partir de ahí la vida universitaria era no sólo estudio y compañerismo, sino también participación y militancia, con mucha dedicación, a lo que había que sumarle que los dos habíamos empezado a trabajar, así que la vida tenía como mil horas y había que aprovecharlas. A principios del setenta y cuatro me casé, me fui a vivir a otro barrio y quedé embarazada. Entonces los encuentros fueron más esporádicos, en la facultad, en las reuniones de la JUP y a veces también de la JTP, donde los dos también participábamos. En octubre de ese año nació mi hija Sol y al poco tiempo lo detuvieron a Aníbal. El setenta y cinco fue bastante caótico en la facultad y con nuevas responsabilidades como mamá y esposa de un detenido político... durante ese tiempo nos veíamos bastante poco. En diciembre de ese año, me detuvieron y no tuve más noticias de Claudio hasta que, estando en la cárcel, nos enteramos que lo habían llevado y estaba desaparecido. Por mucho tiempo pensé que lo iba a volver a ver. Cuando salí en libertad, todo el tiempo imaginaba que me lo iba a encontrar. Hasta hoy, lo «encuentro» en las caras o el porte de algunos chicos que veo en la calle. No me puedo imaginar cómo sería hoy, con el paso del tiempo. Para mí, seguirá siendo aquel Claudio que siempre, siempre, en cualquier situación, en cualquiera de las circunstancias que conté, mantenía su sonrisa, su expresión de simpatía, su ingenio en las acotaciones y, por sobre todo, su preocupación por los demás y las ganas de hacer algo para mejorar la realidad de aquellos tiempos, su optimismo y seguridad en que lo íbamos a lograr.

También nos cuenta Beatriz Pfeiffer:

A Claudio lo conocí en abril del setenta y seis, cuando llegué a Paraná con serios problemas de seguridad y con un bebé recién nacido. Él me recibió en una

esquina y me acompañó al lugar donde pasaría las noches; siempre con una sonrisa amplia, generosa, que aliviaba mi incertidumbre. A partir de ese día lo vi seguido, muy seguido. Tenía que salir de esa casa y andar por la ciudad dando vueltas hasta volver a entrar por la tardecita y él me acompañaba, en paseos de colectivos, de calle, de horas en plazas. Acunaba a mi bebé casi con torpeza para hacerlo dormir y le cantaba suavemente. Lo hacía muy bien, tenía siempre la palabra justa y un sentido del humor increíble. Era un compañero con un gran compromiso político, extremadamente positivo. Un día no lo vi más; ya no era él al que le correspondía pasar las horas conmigo y lo eché de menos.

Permanece en mí su alegría, su brazo en mi hombro, su gesto de afecto, su fe incondicional en un país mejor para todos.

Era el 12 de agosto de 1976...

Amaneció una mañana bastante fría. La abuela Sara no andaba bien, vivía en esos momentos en la casa de su hija Clara y compartía la habitación con Claudio. Efraín estaba levantado, tomando unos mates con Clarita.

Desde hacía poco más de cuatro meses, el pueblo argentino sufría un nuevo golpe de Estado cívico militar. El poder del norte daba las directivas a toda Latinoamérica para frenar a sangre y fuego el avance de los pueblos que luchaban por una real y definitiva liberación. Hacía poco tiempo habían caído los gobiernos de Brasil, Bolivia y Paraguay y, más cercano en el tiempo, los de Chile y Uruguay. Muchos de esos compañeros luchadores de los países hermanos se habían refugiado en una Argentina que había logrado el retorno del líder del peronismo y estaba derrumbando un nuevo golpe de Estado, en esta oportunidad, del general Lanusse. El avance popular en Argentina estaba haciendo tambalear las estructuras de la oligarquía y la burguesía nacional.

El 24 de marzo de 1976, Estados Unidos daba la orden mediante el denominado «Plan Cóndor» de romper todo ese avance poniendo a las Fuerzas Armadas Argentinas y, a través de éstas, a todas las fuerzas de seguridad para cumplir el mandato de sangre. El Terrorismo de Estado en Argentina se hizo presente, como nunca había actuado anteriormente.

Claudio se estaba preparando para ir a trabajar. Se le notaba cierta preocupación en su cara.

—¿Cómo está la abuela? —le preguntó Clarita.

—Durmió bien —respondió Claudio, acomodándose las medias y con voz pausada.

—¿Qué pasa, hijo? —preguntó Efraín acercándole un mate.

—Estoy preocupado, viejo, ayer vi un allanamiento en calle Córdoba, se estaban llevando a varios chicos. Además no sé qué pasó con algunos compañeros.

—Tienen que cuidarse, Claudio. Por lo que estamos viendo en el sindicato, este golpe no es como los anteriores.

La preocupación de todos era evidente. Eran una familia comprometida y sabían que la situación se estaba poniendo difícil y peligrosa. Luego de este diálogo temprano, Efraín se dispuso a ingresar al auto para ir al trabajo. Claudio estaba terminando de vestirse mientras Clarita le cebaba los últimos mates. Tres personas vestidas de civil con armas en la mano interceptaron a Efraín en la cochera.

—Somos de la policía y venimos a detener a su hijo, no nos dificulte la tarea.

Los tres ingresaron bruscamente al interior de la casa. En la esquina quedó otro auto apostado sin ninguna identificación con dos personas más, también de civil. Retiraron a Claudio a medio vestir, descalzo, y tirándolo de los pelos lo introdujeron en el auto.

En ese preciso instante, a un vecino, el teniente coronel Fernández, que en aquel momento era interventor en la Lotería de Entre Ríos, habían ido a buscarlo para llevarlo al trabajo. Los que se llevaron a Claudio confundieron al chofer, Juan de Dios Roldán, con el papá de Claudio, se acercaron al auto y lo amenazaron. Fernández salía de la casa con su hija Liliana Beatriz. Los reconoció y les dijo:

—¿Qué atropello es éste?

—Buscamos a Fink —le respondieron.

Él les indicó la casa y ellos se cruzaron. Al otro día, Fernández se fue a casa de los Fink para decirles que no podía darles ninguna información, que él también tenía miedo y que le habían dicho que se calle, que no se metiera, y «que él no se iba a meter». «Nunca nos quiso dar un dato», recuerda Clarita.

Los tres, Fernández, su hija y Roldán, son testigos presenciales del secuestro y saben quiénes fueron los responsables.

Roldán nunca reconoció el secuestro ante la Justicia Federal.

Otra vecina, Ana Garbarino de Santini, empleada de la Compañía Entrerriana de Teléfonos (hoy Telecom) también fue testigo de los hechos.

En la casa, Clara, Efraín y Sara quedaron conmocionados, sin saber qué hacer en esos instantes.

Al otro día, Blanca Osuna tenía una cita con Claudio. No estaba al tanto de la detención. Claudio era una de las pocas personas que sabía dónde vivían Blanca y Carlos. A ella le avisa Juan Alberto Beto Osuna (asesinado el 24 de septiembre de 1976 en la casita de calle Rondeau en lo que se conoció como la Masacre de la Tapera). Cuando la pareja se entera de la detención, se mudó a Santa Fe.

Palabras de Blanca Osuna en un acto en el Sindicato de Luz y Fuerza:

Quiero hacer un homenaje, que podría hacer a muchísimas personas, pero quiero homenajear especialmente al compañero [asesinado] Oscar Schmidt, como un ejemplo del sindicalismo argentino. También quiero reconocer y homenajear en esta casa a Claudio Marcelo Fink, un compañero de Paraná, un desaparecido en la noche oscura de la dictadura, un trabajador orgulloso de Luz y Fuerza y estudiante de la UTN, un compañero que fue arrancado de su casa el 12 de agosto de 1976 y que con su silencio, a pesar de que seguramente haya sido torturado físicamente, supo resguardar mi domicilio, y eso permitió salvar la vida de mi hija que tenía seis meses», recordó.

Sobre la noche del secuestro, Clarita responde en tono de repregunta y bajando la voz, mientras la mirada se pierde en algún rincón de la memoria:

—¡Cómo no me voy a acordar! De eso nunca me voy a olvidar. La cara de asombro de Claudio y de nosotros mismos que no entendíamos nada. Fue todo un relámpago, entraron, lo amenazaron a mi esposo, se metieron en la pieza...

mamá estaba viviendo con nosotros y compartía la pieza con Claudio. Él se estaba vistiendo y se lo llevaron sin calzar, a medio vestir... Era una mañana tan fría...

Inmediatamente hicieron la denuncia policial, y también ante las autoridades militares en el Comando de la Segunda Brigada de Caballería Blindada. Nadie negaba el hecho, pero se pasaban la responsabilidad unos a otros. Algunos hablaban de un autosequestro. También se reunieron con el arzobispo de Paraná y vicario castrense, Adolfo Tortolo. «Nos recibió muchas veces a los familiares de desaparecidos, pero nunca nos dijo nada», afirma Clara Fink.

«No puedo hacer nada. Nadie sabe dónde está, ni qué pasó. Dios sabe por qué hace esas cosas», fueron las palabras de Adolfo Tortolo.

Otra burla en el transcurso de la difícil y cruel búsqueda de Clara y Efraín: «Para mí fue un autosequestro», les dijo el coronel Juan Carlos Trimarco, jefe del estado mayor del Comando del Ejército, en oportunidad de entrevistarse con él.

Entre fines de 1977 y principios de 1978, un grupo de madres y familiares de desaparecidos comenzaron a juntarse en la Iglesia del Carmen. Las reuniones clandestinas se realizaban los sábados en la actual sala cinco de la parroquia, bajo la autorización del cura de aquel entonces, Julio Metz. Fue el primer lugar de resistencia que hubo en Paraná. Eran aproximadamente diez padres y madres que tuvieron que dejar sus tareas laborales y domésticas para encaminarse en una dolorosa búsqueda. Clarita se convirtió entonces en madre de Claudio, madre en lucha, madre de la plaza. Con ella, además de Efraín, estaban Amanda Mayor, Héctor Piérola, Elba Benítez de Goiburú, la madre de Cristela Godoy de Arín (quien iba siempre con sus nietos, ya que su hija estaba detenida) y Coca Florenza. A ellos se sumaba una persona muy especial, que siguió los pasos de Alfredo Astiz, Mónica Torres, quien fuera subsecretaria de Derechos Humanos en el primer gobierno de Jorge Busti y quien hace poco tiempo fue denunciada formando parte de las negras listas del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército, dependencia que tuvo el mayor rol de infiltración entre la población civil previo y durante el golpe de Estado de 1976.



Juan Pablo II

*+ A. Tortolo saluda a
la familia Fink y lamenta no
tener novedad alguna respecto a Claudio.
No descuiden la oración.*

Paraná, 14-12-79.

Estampita enviada por Tortolo a la familia:

*A. Tortolo saluda a la familia Fink y lamenta no
tener novedad alguna respecto a Claudio.
No descuiden la oración.*

Paraná, 14-12-79.

«El padre Metz no intervenía, nos dejaba solos a todos. Primero íbamos con mucho miedo, pero así y todo nos fuimos conectando. Después empezó a venir gente de Nogoyá y de Diamante y algunos viajaban a Buenos Aires; charlábamos sobre cómo se habían llevado a nuestros hijos, si alguien había recibido noticias y cosas así», narra Clarita.

Luego participó de las reuniones de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre y don Fink fue uno de los que conformó la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) en Paraná, en los primeros años de democracia. Las rondas de los jueves alrededor de la Plaza de Mayo en Buenos Aires también la vieron caminar. Y luego fue ella misma una de las impulsoras de la Asociación de Familiares y Amigos de Desaparecidos Entrerrianos y en Entre Ríos (AFADER), después de la construcción del Monumento a la Memoria, de Amanda Mayor, en la Plaza Sáenz Peña, motivado dentro del ámbito de la Coordinadora de Derechos Humanos.

Hasta que se quedó sola. La dictadura le había robado a su hijo y la vida se llevó a su marido también. «Fue una época en la que estaba muy mal, muy sola y lo que me decían no me consolaba», rememora. «Hasta que una señora que me estaba haciendo una ropa me contó que era voluntaria en el Hospital de Niños. Cuando me dijo eso, sentí una cosa acá», cuenta, tocándose el pecho con el puño cerrado y los ojos le brillan otra vez. «Es una tarea muy linda», relata con una sonrisa.

Diecisiete años fue voluntaria, asumiendo un compromiso dos veces a la semana durante tres horas. «Estaba como una adolescente enamorada, era un sentimiento que pensé que nunca iba a volver a vivir, porque es algo muy especial. Y a veces pienso que Claudio me puso ahí, en ese lugar», asegura.

Hoy, Clarita sigue militando. Ya no participa de todas las reuniones de AFADER, pero una vez al mes recibe al grupo en su casa y se mantiene siempre al tanto de todo. Las marchas siempre la tienen a la cabeza, con las banderas y los brazos en alto.

De Gustavo Piérola para Clarita:

Primer lunes

Tan solo un día nos alcanza.

El primer lunes, mes a mes del calendario.

Se abre la puerta de su corazón, enorme.

Dolido, dulce y sonriente.

Entramos en su vida y sus recuerdos.

De manos tiernas, arrugadas y fuertes.

Sosteniendo tanto amor día tras día.

Nos metemos en su alma curtida de Madre.

Madre Clara.

Somos sus Claudios en puñado.

Buscando su coraje y su alegría.

Tal vez no lo sabe, ni imagina.

*Nos llena de amor y de energía.
En cada lunes.
Para seguir la lucha de su Claudio.
Nuestros Claudios.
Lucha que sigue en camino.
Tan sólo un día nos alcanza.*

El 25 de enero de 1977 se publicaron las condenas a los militantes detenidos y juzgados por el Consejo de Guerra Especial Estable N.º 1 de la Subzona de Defensa 22 de Paraná, donde declaran prófugos a Norma Beatriz *Noni* González, Oscar Alfredo *Ruso Pablo* Dezorzi, Victorio Coco Erbetta y Mabel Lucía Liza Fontana, militantes de los que las Fuerzas Armadas no reconocieron nunca su detención y posterior desaparición. Claudio estaba entre ellos.

En la actualidad, el secuestro y desaparición de Claudio son parte de la investigación que se lleva adelante en la denominada «Causa Área Paraná».

Cronológicamente, estos son los nombres de quienes testifican y confirman el secuestro de Claudio: Efraín Fink, Clara Atelman de Fink, Angélica Garbarino de Santini, Editha Vanetta de Fernández, Liliana Beatriz Fernández, Juan de Dios Roldán, Alicia Isabel Dasso, Juan Domingo Wursten, Horacio Valentín Volpe, Fernando Guillermo Caviglia y Rosario Badano.

El siguiente es el listado de militares, fuerzas de seguridad y civiles que tuvieron y tienen información sobre el secuestro y destino final de Claudio:

- General Ramón Genaro DÍAZ BESSONE. Comandante del Segundo Cuerpo de Ejército.
- Abel Teodoro CATUZZI (F). Comandante de la Brigada de Caballería Blindada II, con asiento en Paraná, con jurisdicción en la provincia de Entre Ríos.
- General Juan Carlos Ricardo TRIMARCO (Inimputable). Segundo comandante de la Brigada de Caballería Blindada II, con asiento en Paraná, con jurisdicción en la provincia de Entre Ríos.
- Teniente coronel Carlos Patricio ZAPATA (F). Presidente del Consejo de Guerra.
- Capitán auditor Jorge Humberto APPIANI.

- Médico Hugo Mario MOYANO. Agente civil del Servicio Penitenciario de Entre Ríos.
- José Anselmo APPELHANS. Director de la Unidad Penal N.º 1.
- Oscar Ramón BALCAZA (F). Guardia de la Unidad Penal N.º 1.
- Rosa Susana BIDINOST. Directora de la Unidad Penal N.º 6.
- Alberto RIVAS. Capitán del Ejército.
- Oscar Ramón OBAID. Cabo 1.º de Ingenieros.
- Carlos Horacio ZAPATA. Oficial de la Policía de Entre Ríos.
- Luis Francisco ARMOCIDA. Jefe de operaciones y seguridad de la Jefatura Departamental Diamante.
- Daniel Manuel RODRÍGUEZ (F). Policía de la Jefatura Departamental de Diamante.
- Subinspector Cosme Ignacio Marino DEMONTE. Oficial ayudante de la Delegación Paraná de la Policía Federal Argentina.
- Vicario castrense Adolfo TORTOLO (F).

Sobre la búsqueda de Claudio, Clarita dice:

Yo no estoy en eso. Que esté donde esté. Lo que quiero es que encuentren a los que lo sacaron de casa y que digan qué le hicieron. Pero no quiero que me den unos huesitos. Eso no me va a curar tanto mal, porque esta es una herida que no se va a cerrar nunca. Además, él está conmigo. Aunque parezca tonto, lo siento dentro de mí, en esta casa.

Hoy para todos es Clarita. Su rostro atesora el paso del tiempo y su mirada triste delata el cansancio de toda una vida pero, sobre todo, la angustia y el dolor por los golpes recibidos. El tono de su voz es bajo y pausado, pero habla sin rodeos ni esquivas. Su memoria se vuelve frágil en algunos momentos y detallista en otros.

Claudio Fink, militante revolucionario, es uno de los cientos de militantes entrerrianos asesinados, secuestrados, desaparecidos, encarcelados, exiliados por la dictadura cívico-militar más sanguinaria de la historia argentina.

Claudio continúa desaparecido.

Sara Ostrosky es esa niña que jugueteaba inocentemente en aquel muelle de la lejana Europa en los inicios del siglo pasado, antes de subir al «S. S. Wesser». La abuela Sara, madre de nuestra *Madre Clara*, se fue para siempre un 12 de julio de 1984.

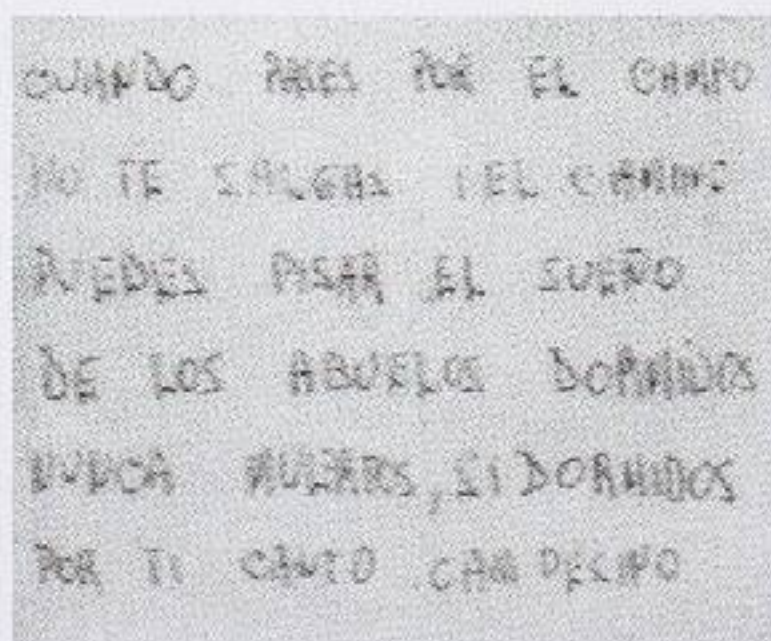
Le dejó a su nieto mil historias de sufrimientos y alegrías, de sacrificios y desventuras, pero también le enseñó los caminos del amor y la esperanza. Le regaló y nos regaló el nombre justo para Claudio: «Compañero», un calificativo, un premio que no todos podemos tener, una palabra grande y comprometida, como fue la vida de Claudio.

Quedará eternamente grabado en nuestra memoria, en nuestros corazones y en nuestro compromiso el sonido de esa hermosa palabra para recordar y homenajear a alguien que lo dio todo: su juventud, su alegría, su bondad y su amor transformado en militancia, su entrega y su lucha por esta patria y su pueblo.

HASTA LA VICTORIA SIEMPRE

Claudio Marcelo Fink

Compañero



CUANDO PASA POR EL CAMPO
NO TE SALGA DEL CAMINO
AUNQUE PASE EL TIEMPO
DE LOS ABUELOS DORMIDOS
NUNCA OLVIDES, SI DORMIDOS
POR TI CAMPO CAMPEANO

Palabras de Claudio.

~



La falsa verdad histórica construida por quienes han generado, justificado y avalado el mayor genocidio político argentino ha intentado imponerse, con mayor o menor fuerza, durante los últimos años. Nuestro país ha sufrido una serie de golpes de Estado conducidos por el imperio norteamericano, la oligarquía y la burguesía local en connivencia con la Iglesia católica, y ejecutados por las fuerzas armadas y de seguridad nacionales. Los sectores más progresistas y revolucionarios del pueblo han sido perseguidos, encarcelados, exiliados, muertos y desaparecidos. La «teoría de los dos demonios» ha sido el eufemismo con que han querido neutralizar las voces que se alzan y denuncian esta falsedad en una sociedad antes acallada y atemorizada a través del terrorismo de Estado.

Durante los últimos cuarenta años fundamentalmente la lucha de los organismos de derechos humanos ha socavado esta «teoría». A esta lucha se ha sumado una voluntad política y los juicios directos a los genocidas que, aunque de manera lenta, van dejando salir a la luz aquella otra verdad acallada por la fuerza.

Con *Historias de vida y militancia* esperamos contribuir a esa verdad histórica que quienes estamos vivos podemos entregar a las nuevas generaciones, recuperando, aunque sea en palabras, a quienes fueron nuestros compañeros muertos y desaparecidos: su origen, su infancia, su adolescencia, su ingreso a la política, su interés por su pueblo, su compromiso y su militancia política, sus valores, sus ideales y hasta la entrega de su vida para lograr la independencia y la libertad que todavía hoy pretendemos para nuestra querida patria.

